



# 20 CARIÑO, ¿QUÉ TAL TU GUARDIA?

Cuando sonó su teléfono, y a continuación observó en la pantalla de su terminal aquel característico número de interminables dígitos, supo que empezaba el verdadero rock and roll de la guardia:

- Preguntó su Señoría que dónde está. Le estamos esperando para la declaración de su cliente - le comunicó la funcionaria con tono de contestador automático-

- Mire usted, dígame a su Señoría que no tengo el don de la bilocación -contestó el abogado con cierto aire de suficiencia-

- ¿Qué dice usted, el don de qué?

- El don de la bilocación como el padre Pío; la facultad de desdoblarme para estar en dos sitios al mismo tiempo. Ya le he dicho que en cuanto me lo permita su compañera del instrucción 29, subo a la séptima planta a su Juzgado.

- Mire, lo del don ese se lo va a explicar usted mismo ahora cuando pase a sala -le replicó ella con la misma comedia chulería que una cantante de zarzuela-

- ¿Qué culpa tengo yo de que no se coordinen ustedes al mismo tiempo cuando organizan los pases de detenidos y juicios rápidos? En calabozos no perdonan el turno cuando te apuntas al listado del “prior in tempore, potior in iure”, y capaces son de pasarme al final del día si no estamos presentes los tres letrados de este asunto. Le repito que no se puede celebrar este juicio si no estamos todos en unidad de acto como es el caso -expuso finalmente el interpelado, levantando el pie del acelerador a la par que trataba de preservar su dignidad tras un discreto deje de disculpa-

Realmente la guardia había hecho acto de presencia a destiempo, irrumpiendo en la madrugada del día anterior, cuando en el duermevela del comienzo de la misma una amable voz del equipo de asistencia del colegio le indicaba su primera designación: debía acudir lo más pronto posible a la comisaría de Carabanchel. Eran las doce y media de la noche y se había acostado prometiéndose las felices de que no le llamarían hasta la hora de su desayuno. Error:

- ¿Pero de verdad ya han salido todos mis compañeros? - balbuceó el letrado durmiente, convocado como saliente a partir de las 22:00 del día que precedía al anterior de sus actuaciones judiciales; dos días antes.



- Vaya que si han salido. La noche está movidita. Y los que quedan por salir... - respondió indulgente el operador a pesar de haber oído mil veces la misma pregunta.

De esta manera comenzaría aquel veterano letrado su guardia. Asistiendo, tras la preceptiva espera nocturna en la comisaría sin justificación conocida, a un habitual del delito contra el patrimonio. De nuevo se repetían los roles; agentes de la autoridad educados pero distantes -sin ganas de hacer amigos-, explicando las razones de la detención, por un lado, y un justiciable que aumentaba su excitación al ardor de la presencia de su defensor. Reivindicando su inocencia a pesar del rosario de detenciones policiales y judiciales que figuraban en su historial delictivo.

- Que sí, mañana te ponen en libertad - así se despediría derrotado por el cansancio el letrado, consciente de que era la única manera de que recuperase la suya sobrepasadas ya las dos de la mañana.

Volviendo al día de autos, atrás quedaba una jornada de asistencias dispersas por todas las comisarías conocidas y desconocidas de Madrid. Poco importaba a nadie sus vicisitudes. Aquel día, abogados y funcionarios se convertían en manadas de lobos compitiendo entre si como ya anticipara Hobbes en su Leviatán.

Por fin terminó su juicio rápido en la zona de calabozos de plaza castilla -aquel lugar desconocido para tantos y que, fuera de su genuina función, solo podría destinarse a plató de películas de terror sino fuera porque al espectador le pareciera demasiada forzada su caracterización-, y despidiéndose de la algarabía que sus propios compañeros generaban en la sala de espera, se propuso acometer la última de sus asistencias.

Inquieto por la gestión en el curso de la mañana de sus designaciones, se detuvo en la oficina de enlace para refrescar el gaznate con agua fresca. Allí, su encargado, le despreocuparía después de prestarle su genuina, por siempre afable, atención. Y le sentenció al despedirse de él con una cita apocalíptica:

- Recuerda lo que dijo Shakespeare: "Todo el mundo es un escenario, y todos, hombres y mujeres, somos meros actores en el..." La vida es un teatro. No te preocupes que ellos saben perfectamente de vuestras circunstancias-. Y se llevó puesta su sonrisa.

Ahora le tocaba lo más difícil: Defender a aquel insensato que, pareciendo culpable, no lo era. Pero eso solo lo sabía él como abogado tras escucharle descreído la noche anterior en la comisaría, examinar luego las actuaciones y atar cabos después en los calabozos. Para más inri, se hallaba ya en el ecuador del día, por lo que los ánimos de todos los operadores jurídicos estarían caldeados.



Lo primero que constató cuando entró a la sala, fue cómo la funcionaria con la que había tenido antes un intercambio de pareceres telefónico, alzaba fugaz y furtiva su mirada sobre él, para delatarle luego ante su Juzgador con un susurro, por lo que quizás le hubiera parecido un trato desconsiderado. No le dieron tiempo para explicaciones por su retraso, y, con cierta displicencia, comenzó el interrogatorio. El letrado se maldijo por su mala fortuna acumulada de promesa libertaria a aquel, desencuentro dialéctico con la otra y retardo después con su Señoría. Pero se repuso he hizo su trabajo como pudo. Finalmente, el Fiscal, cargó rotundo solicitando la prisión provisional para un desdichado desbordado por los acontecimientos. “Existe la suerte... pero la mala”, acabaría farfullando el investigado cuando la guardia civil, engrilletándolo, pedía permiso para abandonar la sala. Y tras ello, después de aquella jornada tan intensa desde su inició, formularia sus conclusiones el letrado, oponiéndose a lo interesado por el ministerio público, con toda la vehemencia de que se sintiera capaz.

Entonces ocurrió algo inusual. Se hizo un breve pero profundo silencio y preguntó el Juez:

- Señor letrado, me permite que le lea una cita.

El abogado asintió condescendiente

- Es de Piero Calamandrei: “Elogio a los jueces escrito por un abogado”: <Todo abogado vive en su patrocinio cientos momentos durante los cuales, olvidando las sutilezas de los Códigos, los artificios de la elocuencia, la sagacidad del debate, no siente ya la toga que lleva puesta ni ve que los jueces están envueltos en sus pliegues; y se dirige a ellos mirándoles de igual a igual, con las palabras sencillas con que la conciencia del hombre se dirige fraternalmente a la conciencia de su semejante para convencerlo de la verdad. En estos momentos la palabra “justicia” vuelve a ser fresca y nueva como si se pronunciase entonces por primera vez; y quien la pronuncia siente en la voz un temblor discreto y suplicante como el que se siente en las palabras del creyente que reza. Bastan estos momentos de humilde y solemne sinceridad humana para limpiar a la abogacía de todas sus miserias>.

Y sin mediar palabra, se retiró. Aquel abogado dudó del motivo de la lectura hasta que, esperando en el pasillo, salió a su encuentro aquella funcionaria con la que se había enzarzado la misma mañana. Y entregándole el auto de libertad de su cliente, le dijo:

- Enhorabuena letrado. Ha estado usted muy convincente. Ya puede irse a descansar.

Parece que ha tenido un día duro.

Él la miró afectivo y le contestó.

- Muchas gracias. Ha sido un día duro para todos.